

La luz de los sueños

Al aproximarme a la obra de Fernando Robles como mero observador, debo disponer dos coordenadas que la encuadran. En primer lugar, Fernando es un investigador que busca la intercomunicación de las disciplinas que conforman las artes plásticas. Desde sus composiciones iniciales, aletea en su poética una equidistancia buscada entre dibujo y pintura que derivaron complementarios hacia un mundo onírico donde la escena invoca, mediante su silencio, la conciencia del espectador; esa llamada constituiría el segundo eje con el que tenemos que acercarnos al arte de Fernando Robles; es decir, el receptor no capta un simple juego estético donde los daderos del suelo le gesticulen un guiño propio de Borges, el escenario urbano remita a un Chirico actualizado, o la mirada femenina, a un Delvaux menos misterioso; Fernando articula el sueño como vehículo de un mensaje que nace desde la confrontación social y, sobre todo, vital que el hombre moderno padece en occidente; por supuesto, su técnica se aleja de la cartelería de propaganda, pero alcanza igual efectividad, ya que, el paseante queda capturado ante la materialización de unos fantasmas que lo enhebran con sus ojos fijos de sabiduría, o ante unos personajes que desatienden nuestra curiosidad, sumidos en escenas que turban porque ya habitaban en nosotros antes de encontrarnos frente a ellas.

Si compartimos las enseñanzas estéticas de Emilio Orozco, convendremos en que la distancia fundamental entre barroco y manierismo queda delimitada por la sinceridad del artista, que necesita retorcer el escorzo, o casi fundir al negro la visión, a causa de la dificultad que el creador barroco siente frente al devenir humano; el manierista, independientemente de su cronología productiva, sólo persigue un vacío alarde de técnica y sabiduría mecánica. La verdad ante las formas y fondo distingue, pues, lo ornamental, de esa necesaria variedad de materiales con que Fernando codifica su pensamiento. La interacción entre pintura y escultura nos ofrece como resultado una serie de armazones que semejan soportes para evitar la caída de los libros que, no exentos de ironía, humor o ternura, cuestionan ciertos pilares de la cultura oficial. La pintura contextualiza la interpretación de los personajes, entre los que encontramos un seminarista enamorado, o un ilusionado y romántico estudioso de lenguas muertas, pobre y algo ventoleras; todos ellos elaborados con un certero retrato psicológico al que arropan unos tonos de color que bordean, magistrales, el riesgo de aparecer como simples esbozos de caretas o cartonajes para ser entregados al fuego fallero. Ante ellos, sentimos la tentación de inventarles una onomástica, componerles un tono de voz, adscribirles un carácter y unas anécdotas que los acerquen a los umbrales de nuestra realidad. Biografías verosímiles, desde el barro modelado.

Muy distinto es el juego que nos propone el *Cabecedario*, conjunto de seres nacientes que, exhibidos casi durante el mismo alumbramiento, brotan desde la madre tierra con la que están elaborados. Un mundo que se integra en el nuestro como propuesta de la diversidad del ser humano, cercano a otras combinaciones genéticas, pero enjaulado en una obsesiva uniformidad estéril que Fernando Robles quiebra con la poca artillería de la que dispone: silencio, humor y voluntad de búsqueda. Las cabezas se ofrecen a la caricia que recorra sus superficies levemente angulosas, amables al tacto como todo lo hermano, por más que sea distinto.

Hace muchos años, recuerdo que Fernando me descubrió las melodías de Wim Mertens cuando aún el minimalismo no era música conocida más que por unos pocos que, como él, atienden desde muy jóvenes a las nuevas sendas que cualquier creador aporte a partir de sus saberes; ante esta exposición, Fernando sigue mostrando ese carácter de artista inquieto que se exige a sí mismo grandes dosis de contemplación cimentada en una calma que le permita precisar la luz que envuelve los sueños.

José Luis González Vera